

EL PORVENIR ESQUIVO

Una breve historia del futuro en la España contemporánea

JAVIER FERNÁNDEZ SEBASTIÁN

La invención del futuro

El futuro es un concepto netamente moderno que hasta hace poco más de dos siglos carecía de relevancia política. Nuestros antepasados premodernos parecen en efecto haber entendido sus propias coordenadas temporales de un modo mucho menos sofisticado que las últimas generaciones. Sólo desde finales del setecientos y principios del ochocientos, especialmente a partir de la cuarta década de esta última centuria, se abrió camino una noción abstracta de futuro, referida a un horizonte difuso que englobaba todo lo que podía sucederle a un individuo, a una nación o a cualquier otro colectivo, y no simplemente a los acontecimientos singulares por venir. De ese modo, el flamante concepto adquirió una insólita centralidad en los debates públicos, centralidad que ya no abandonaría hasta nuestros días (si bien en los últimos años parece haberse iniciado un rápido declive).

Ciertamente, con anterioridad a esa fecha abundan, en el contexto de una cultura cristiana, las invocaciones al *siglo futuro*, o a la *vida futura* entendida como una existencia eterna de ultratumba; pero es evidente que ese significado espiritual y trascendente supone justamente la antítesis del futuro en su acepción secular y mundana (no es casual, en este sentido, que uno de los periódicos carlo-integristas más importantes del último cuarto del XIX, que siguió publicándose hasta 1936, se titulase precisamente *El Siglo Futuro*).

El advenimiento del futuro como creación cultural ha dejado, naturalmente, su huella en el lenguaje. Un simple recuento lexicométrico desde las bases de datos textuales disponibles evidencia que a partir de las últimas décadas del setecientos se produce un progresivo incremento en el uso de sustantivos como “el futuro” o “el porvenir” –denominación esta última más habitual desde comienzos del siglo XIX hasta mediados del XX–, incremento que se acelera en el novecientos, muy especialmente en su segunda mitad. Este esquema señala a grandes rasgos el ritmo

de incorporación de este concepto a los discursos socio-políticos y su importancia creciente a lo largo de los dos últimos siglos. Dentro de esa pauta cronológica general cabría distinguir ciertos momentos y coyunturas más concretas –como las dos primeras etapas de arranque del constitucionalismo (1810-1814 y 1820-1823), los años treinta y cuarenta del siglo XIX, el sexenio que siguió a la Revolución de 1868, el periodo intersecular en torno a 1898, la II República o la España de las cuatro últimas décadas del siglo XX– en que las fuentes evidencian que la preocupación por el porvenir se vivió con una desacostumbrada intensidad.

El descubrimiento del futuro como concepto fundamental de la modernidad –paralelo a otras nociones conexas, como *historia*, *crisis*, *revolución*, *progreso* o *civilización*– se puso de manifiesto principalmente de dos maneras: por un lado, el debate sobre este tema se hizo cada vez más presente en la esfera pública (significativamente, la palabra *porvenir* hizo su aparición en el *Diccionario* de la Real Academia en la edición de 1817); en segundo lugar, pero no por ello menos importante, muchos conceptos políticos se cargaron de un valor proyectivo, perdiendo al propio tiempo parte de su contenido experiencial. En el primer aspecto, es patente la ansiedad y el dramatismo con que los hombres de 1808 se enfrentaron a la singular coyuntura que precipitó al país en un ciclo de insurrección, guerra y revolución. Así, algunas alocuciones de las primeras juntas –como por ejemplo el *Manifiesto de la Junta Superior del Principado de Cataluña* (Manresa, 20-XII-1809)– se pronuncian inequívocamente por impulsar las reformas administrativas y legislativas destinadas a asegurar “la felicidad de las generaciones futuras”. Y, por supuesto, los primeros liberales dieron muestras de esta preocupación en grado sumo: Flórez Estrada, por ejemplo, afirma en distintas coyunturas delicadas para las libertades en España que es preciso “saber leer la historia deduciendo de

lo pasado para prever en lo futuro” ([1818] 1967, 99; en un sentido semejante, y con un tono más dramático: [1810] 1958, II, 299). Pero será desde mediados de los años treinta del siglo XIX, con el triunfo definitivo del liberalismo, cuando *el futuro* alcance en España las más altas cotas de evidencia social: numerosos artículos de Larra, el lanzamiento del diario titulado *El Porvenir* (1837), de Donoso, la oda *Paz y Porvenir* (1838), en donde Gil y Carrasco, en las postrimerías de la guerra civil, expresa poéticamente su confianza en el futuro del país, o algunas páginas muy reveladoras de Balme (en especial el texto irónicamente titulado ‘Filosofía del porvenir’, incluido en sus *Cartas a un escéptico*, 1846), entre otros muchos ejemplos que pudiéramos traer a colación, son buena prueba de ello.

El segundo aspecto, que R. Koselleck tematizó como la apertura de una brecha creciente entre experiencias y expectativas, es claramente perceptible en el mundo hispánico desde finales del siglo XVIII, cuando algunos conceptos que pronto llegarían a ser fundamentales en los discursos de muy diversos agentes –nación, constitución, libertad, reformas, soberanía, democracia, etcétera–, al insertarse en los nacientes *ismos* políticos y en las filosofías de la historia que los subtienden, perdieron su equilibrio interno, disminuyendo su carácter referencial o descriptivo (“acumulador de experiencias”) para orientarse decididamente hacia el futuro, entendido bien de manera dinámica, como un horizonte de espera siempre abierto a nuevos perfeccionamientos (pero precisamente por su condición de horizonte temporal del presente, se trataría en este caso de un mañana inasible, constantemente aplazado: de un futuro que *nunca puede empezar*: Luhmann, 1976), bien como una meta histórica sustantiva (esto es, un ideal fijo, más o menos utópico, cuyos perfiles concretos dependían de los ideólogos de cada partido-movimiento).

Como resultado de esos cambios profun-



dos en el modo de ver el mundo y de experimentar el tiempo, surgen entonces distintas filosofías de la historia que pretenden conocer y/o diseñar el porvenir. Que el futuro es elevado en el altar del tiempo –algunos autores han llegado a hablar de *futurología*– queda bien patente desde el momento que el presente empieza a ser pensado artificialmente desde un mañana anticipado, cuyo superior punto de vista facultaría a una especie de imaginario “tribunal del porvenir” para juzgar el momento actual –ya sea en el terreno de la política, el arte, etcétera– según los parámetros normativos de ese mañana hipotasiado. Toda la realidad resultó de ese modo “futurizada”. Así, por primera vez en la histo-

ria, dentro de un horizonte intramundano, el presente empezó a mirar sistemáticamente más al futuro que al pasado, produciéndose una fractura creciente entre el resignado fatalismo de los antiguos y el radical voluntarismo de los modernos. Dicho de otra manera: el momento presente dejó de verse como la desembocadura del largo río del pasado para entenderse más bien como el manantial del que brotaba el imperioso torrente del porvenir. El presente dejó así de ser una resultante para pensarse a sí mismo como el momento inaugural de un mañana idealizado y exigente: como el pasado de ese futuro. “Cuando las sociedades se sienten estremecidas por las revoluciones”, había observado con perspicacia

Donoso Cortés, “separan sus ojos de lo pasado que sucumbe, y los dirigen hacia el porvenir que pugna por realizarse en el mundo” ([1836] 1984, 3). Claro que el “abismo del porvenir” –la metáfora es también de Donoso– podía presentar también un aspecto amenazador. Ese mismo año de 1836, en su comentario al *Antony*, de Dumas, Larra critica la pretensión de los literatos franceses de romper por completo con el pasado, como si se dijeran a sí mismos –es Larra quien escribe–: “Hasta el presente es pasado ya para nosotros: lancémonos en el porvenir a ojos cerrados; si todo es viejo aquí, abajo todo, y reorganicémoslo”.

Y es que, por mucho que el extendido

sentimiento de aceleración histórica (y, por consiguiente, de cambios sociales incesantes) indujera en numerosos protagonistas una especie de vértigo, compatible sin embargo con un tipo de comportamiento más anticipatorio y planificador, ni todos los agentes ni todas las fuerzas políticas ponían el mismo énfasis en el porvenir, ni tampoco las claves temporales que manejaba cada partido eran idénticas. Un periódico madrileño de comienzos de la era isabelina redujo a una fórmula muy simple –tal vez *demasiado* simple– las aspiraciones de cada una de las tres principales formaciones políticas: “Actualmente hay en España varios partidos: los carlistas quieren recobrar lo que han perdido; los moderados, conservar lo que tienen; los progresistas, alcanzar lo que esperan” (*Semanario Pintoresco Español*, 1845, 272). Carlistas, moderados y progresistas: nostalgia, conservación y esperanza. Pasado, presente y futuro.

Modesto Lafuente, en la apertura de su monumental *Historia de España*, al esbozar el nuevo concepto global de *historia* como “singular colectivo” –i. e., como gran escenario de la experiencia humana–, acierta asimismo a combinar las tres dimensiones del tiempo. La humanidad se le aparece al historiador isabelino como un “gigante inmortal, que camina dejando tras sí las huellas de lo pasado, con un pie en el presente, y levantando el otro hacia lo futuro. Y la vida de la humanidad es su historia”. “Para nosotros”, añade, “es una gran verdad el célebre dicho de Leibnitz: ‘Lo presente, producto de lo pasado, engendra a su vez lo futuro’” ([1850] 2002, 4 y 6).

Vencido el ecuador del siglo, serán sobre todo los demócratas, republicanos y socialistas quienes sitúen el vector futurista en el centro de sus propuestas (cierto número de textos de socialistas y utopistas españoles de mediados de siglo como Fernando Garrido o Narciso Monturiol son muy expresivos al respecto). Sin embargo, ninguna fuerza política podía ya renunciar a ese ingrediente insoslayable, puesto que, como supo ver Moreno Nieto en el último cuarto del siglo XIX, uno de las principales rasgos de la modernidad liberal consistía en haber orientado “el pensamiento de los pueblos hacia un porvenir temporal y humano” (*El problema político*, 31-X-1878, 14). Se trataba, sin embargo, de un porvenir incierto, pues, como observaba Moret pocos años después a propósito de los resultados hipotéticos de la implantación del sufragio universal, “las teorías [políticas] sondean apenas el horizonte aún oscuro del porvenir” (1884, cit. Dardé, 2003, 211). Y para los tradicionalistas, por supuesto, por mucho que el hombre del siglo XIX se empeñe en poner “las manos en los siglos futuros”

y pretenda colonizar el porvenir, en realidad es la providencia divina la que “dirige el curso de los hechos humanos”, de modo que “jamás el espíritu humano por su propia perspicacia ha podido sorprender los arcanos de lo futuro” (Selgas y Carrasco, [1880] 1929, 6, 150-154 y 233-235).

Entre dos siglos

A finales de la centuria, incluso antes del *Desastre*, un puñado de escritores regeneracionistas, fuertemente críticos con la marcha de los asuntos públicos, miraban al futuro con una mezcla de aprensión y de esperanza, vaticinando toda clase de calamidades si no se producía un radical cambio de rumbo. Lucas Mallada anunciaba en tono apocalíptico que “los males de la patria” conducían inevitablemente a una “futura revolución española” instigada por republicanos y carlistas: “Hoy nadie duda”, aseguraba, “que la catástrofe final se aproxima a pasos agigantados” ([1896] 1998, 231-232). Mientras Ramiro de Maeztu volvía su mirada esperanzada *Hacia otra España*, una España que, según su parecer, debiera industrializarse gracias a la iniciativa empresarial, más bien que por la acción de los gobiernos ([1899] 1997, 219-220), Ganiwet y Unamuno intercambiaban en una serie de cartas publicadas en *El Defensor de Granada* (1898) sus opiniones acerca de *El porvenir de España*, objeto primordial de la preocupación de ambos (1973, 12).

Unos y otros, en cualquier caso, empezaban a ver el futuro hasta cierto punto como una página en blanco, o al menos como un espacio disponible, abierto no sólo a la especulación sino a la planificación y al despliegue de los programas políticos. Y, en un contexto de duras luchas por la redistribución colonial en el exterior y, puertas adentro, de urbanización acelerada, impulso tecnológico e industrializador, auge del proletariado en determinadas zonas del país y advenimiento de la sociedad de masas, no es preciso decir que casi todos los movimientos y agentes políticos pretendían tener el futuro de su parte. A la vista de algunos textos de la época, se diría que pueblos y partidos libraban una dura batalla por el porvenir (porvenir que, según Spencer, “será del pueblo que mejor se nutra”, cit. en el *Mensaje y Programa de la Cámara Agrícola del Alto Aragón*, 13-XI-1898). En especial los grupos revolucionarios, anarquistas y socialistas, recurrían muy a menudo a un lenguaje futurista. Pablo Iglesias, por ejemplo, publicaba en una revista alemana un artículo expresivamente titulado ‘El futuro nos pertenece!’ (*Der Wahre Jacob*, 28-IX-1897, cit. Ribas, 1979, 257). No había transcurrido un año cuando, inmediatamente después del desastre, Juan José Morato se atrevía

a hacer una serie de conjeturas sobre el borroso horizonte político y económico: supresión de derechos, guerra civil, despido y paro masivo y otras “nuevas e indecibles desgracias” se abatirían sobre el país; por contra, en medio de tantas desdichas, al partido socialista le esperaba una perspectiva bastante halagüeña: “La gran masa de obreros vendrá con nosotros” y el sistema de partidos habrá de “reconstituirse sobre nuevas bases” (artículo fechado en Madrid el 22-VII-1898, publicado en *Die Neue Zeit*, XVI, cit. Ribas, 1979, 276-277). Ciertamente, los socialistas no eran los únicos que se preocupaban entonces por “el porvenir de las clases jornaleras” (como había titulado uno de sus libros Andrés Borrego en 1890): también el Partido Republicano Federal, por ejemplo, anunciaba en un manifiesto de 1894 que el grito de guerra del siglo XX sería la “cuestión social” –así como, aseguraban, en el siglo XIX lo había sido la “cuestión política”–. No era esa la opinión de algunos jóvenes intelectuales del momento. Azorín, por boca de su personaje Olaiz, sugería que el tiempo del socialismo había pasado: “El porvenir”, afirmaba rotundamente, “es individualista” ([1902] 1996, 201).

Otros muchos políticos, intelectuales y publicistas se asomaban en esos umbrales del novecientos al nuevo siglo con diversos grados de confianza o de desaliento, en un momento en que, como se ha visto, empezaba por primera vez a tratarse de manera sistemática un objeto de análisis y de preocupación política rotulado “el porvenir de España”. Así, el republicano moderado Becerro de Bengoa dedicó un ensayo a presentar un elenco de modernas experiencias pedagógicas bajo un rótulo que miraba resueltamente hacia adelante: *La enseñanza en el siglo XX*. En las últimas páginas de su obra llamaba a la juventud española a tener “fe en el porvenir” ([1900] 2001, 253).

Sin embargo, el tono derrotista dominante en los hombres del fin de siglo y el determinismo histórico imperante en diversos sectores explican sobradamente el empeño de la siguiente generación, desde la segunda década del siglo XX, por romper con cualquier clase de fatalismo. Así, Maeztu, en una conferencia en Bilbao destaca el carácter imprevisible de un futuro siempre abierto y toma distancias respecto de las filosofías de la historia que pretenden “prever con acierto lo que no puede preverse, porque la libertad del hombre entraña para lo futuro un número infinito de posibilidades” (1910, 43). Azaña, por su parte, en una de sus primeras conferencias, insiste en que “no queremos ni podemos perder la esperanza en el porvenir” ([1911] 2003, 21). Antonio Machado, desde su recién estrenado destino en Baeza, lan-

za a sus conciudadanos una llamada al optimismo: “Hombre de España: ni el pasado ha muerto, ni está el mañana –ni el ayer– escrito” (“El dios ibero”, *El Porvenir Castellano*, Soria, 5-V-1913). En fin, en el caso de Ortega, como es sabido, el papel del futuro en la construcción de la historia humana constituye un verdadero *leitmotiv* de toda su obra: si para el hombre individual “vivir es sentirse disparado hacia el futuro”, la energía espiritual que alimenta al Estado-nación consiste precisamente en compartir “un proyecto sugestivo de vida en común” (*OC*, III, 56 y 151 y sigs.; V, 93-94, etcétera).

Mientras los émulos españoles de J. Verne, E. Bellamy o H. G. Wells empezaban a publicar los primeros relatos de ciencia-ficción y “fantasías políticas” –el periodista Nilo Fabra ya a finales del XIX; José de Elola, *Coronel Ignotus*, y Jesús de Aragón, *Capitán Sirius*, en las décadas siguientes (Santiáñez-Tió, 1995)–, las implicaciones prácticas de esa clase de literatura de anticipación no pasaba desapercibida a algunos observadores avisados. Maeztu, por ejemplo, en la conferencia citada más arriba enfatizaba que “la libertad, que es la vida, no sería posible si tuviera conocimiento el hombre de las cosas venideras. Las visiones de la sociedad futura no son en realidad visiones; son hechos prácticos, voliciones, noliciones [*sic*], deseos o temores” (Maeztu, 1910, 35).

Claro que la incidencia de la Gran Guerra y la amplia difusión de la obra de O. Spengler sobre *La decadencia de Occidente* contribuyó al declive de la creencia en el progreso, un hecho que no pudo menos que llevar aparejada una crisis correlativa de confianza en el futuro. En medio de un horizonte político lleno de nubarrones, no faltaba, sin embargo, quien suspiraba por un mundo más justo, depositando su esperanza en un perpetuamente diferido porvenir. El institucionalista Fernando de los Ríos clamaba en un tono casi místico por esos “ideales, visiones doradas, tierras de promisión, no donde descansar para siempre, sino donde apoyar el corazón para darle fortaleza y empujarlo hacia el futuro eterno, hacia lo que jamás es presente más que en la esperanza, que es en la que anclan todas las almas que anhelan” (*La crisis actual de la democracia* [1917], en De los Ríos, 1974, 262).

A vueltas con el porvenir de España: de la II República a la dictadura

A finales de 1921, el diario *La Correspondencia de España* hizo una encuesta a una serie de personalidades que debían contestar a la pregunta “¿Qué opina usted sobre el porvenir de España?”. Muchos de los interrogados se mostraron pesimistas, echando la culpa a

los malos gobiernos; entre otros Miguel Villanueva, liberal, ex presidente del Congreso, auguraba que “España seguirá acentuando su decadencia y su debilidad, si no varía radicalmente; y no lo hará mientras no cambie el corazón de esclavo que abriga sus hijos por el propio de los pueblos libres”. Unamuno suscribe esas palabras, y, frente a la arbitrariedad, la injusticia, la embustería y el descrédito, sostiene que sólo “un corazón de ciudadano libre” podría salvar el “deshonor de España ante el mundo civilizado” (*El Mercantil Valenciano*, 6-I-1922, cit. Unamuno, 1973, 191-194).

Como en tantos otros terrenos, los años treinta trajeron, en este sentido, una brutal oscilación del péndulo: del confiado optimismo de la República de abril del 31 a la catástrofe sin paliativos de la guerra civil. Aunque, naturalmente, todas y cada una de las fuerzas políticas se llenaron la boca de invocaciones –a menudo diametralmente opuestas– al porvenir de España, y se legitimaron a sí mismas en gran parte por las expectativas que fueron capaces de generar entre sus seguidores (en particular en vísperas electorales), resulta aleccionador examinar someramente la evolución de las posiciones de Azaña con respecto a esta cuestión a lo largo de esos pocos años cruciales. En sus primeras alocuciones al público tras la proclamación de la II República, de manera coherente con las enormes expectativas abiertas entre amplios sectores sociales por el nuevo régimen, el líder de la izquierda republicana pretende trazar “las líneas generales del porvenir de la nación” ([1931] 2003, 87), porvenir que desde el primer momento se esfuerza en acelerar (*ibid.*, 101). Su toma de posición en favor de un “patriotismo futurista” es congruente con su insistencia en que “el mañana es lo que importa”; además, dice, es propio del político anticiparse a los hechos y “calcular lo que puede ocurrir en el horizonte” (*ibid.*, 106, 236 y 251). (La retórica “porvenirista” dominaba a la sazón de manera tan abrumadora, que hasta los sectores más alejados del republicanismo no dudaban en utilizarla: véase al respecto el artículo de Ramiro de Maeztu ‘El porvenir del pasado’, en *El Pueblo Vasco*, 8-XII-1932). Tras la victoria de las derechas en las elecciones de 1933, Azaña entiende que el país se encuentra ante una crisis decisiva y reconoce ignorar, en el trance por el que atraviesa la sociedad española, “qué nos reserva el porvenir” (*ibid.*, 313). Los acontecimientos se suceden con rapidez y a la altura de mayo de 1935 recuerda ya con cierta nostalgia, ante sus correligionarios valencianos, “los tiempos del entusiasmo, de la esperanza” que siguieron al advenimiento del nuevo régimen, cuando, tan sólo cuatro años atrás,

“todo el mundo se figuraba que el porvenir consistiría en una senda de flores” (*ibid.*, 399). (Incluso en esas circunstancias adversas, su correligionario Díaz Fernández seguía sosteniendo que “el escritor tiene que filiar el porvenir, adelantarse a un estado social, hablar en nombre del futuro”: *El Liberal*, 10-VI-1935). A la sazón, por el contrario, el porvenir era para él más bien una fuente de zozobra y de aflicción. Lo será todavía más al año siguiente, cuando se produzca la sublevación definitiva contra la República.

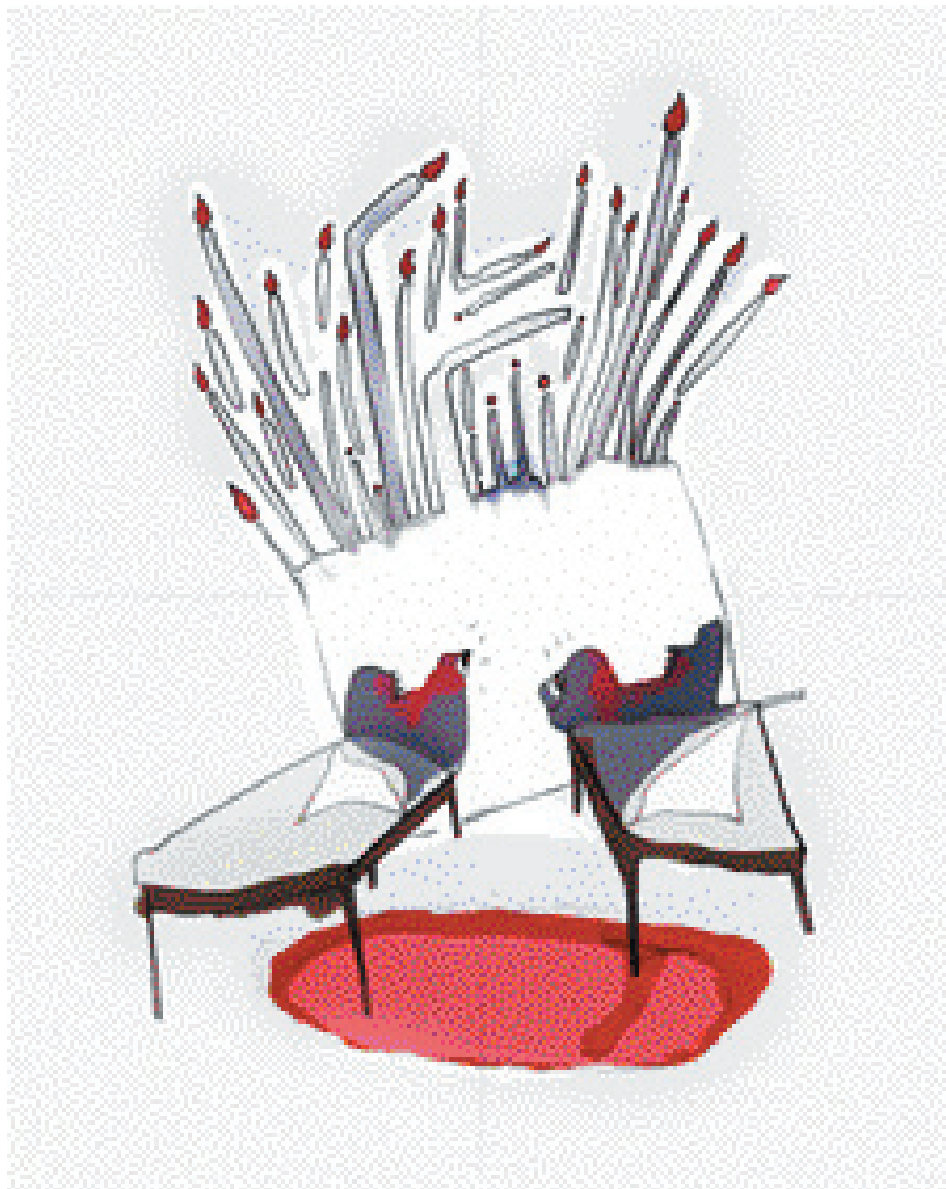
El tiempo pasa deprisa, y los acontecimientos se precipitan. Tras seis meses de guerra civil Azaña volverá la vista al pasado inmediato evocando poéticamente aquel trágico mes de julio, “cuando el porvenir estaba oculto detrás del telón del tiempo” (*ibid.*, 462). Al año siguiente considera que “el porvenir de Europa está pendiente de la suerte de las armas en la Península” (*ibid.*, 485). En fin, en uno de sus últimos discursos, en el Ayuntamiento de Barcelona (18-VII-1938), se enfrenta con angustia a las incógnitas de un destino trágico común a “todos los españoles (...) cualesquiera que sean la profesión religiosa, el credo político, el trabajo y el acento”, y se atreve a mirar al “día de mañana, después de la guerra, en la obra de reconstrucción de España”. Para entonces confiesa que el “porvenir de España” es para él “un profundo misterio” (*ibid.*, 490-494).

Fuera cual fuese el futuro del país, en el lado franquista desde el principio habían pocas dudas acerca de quiénes iban a usufructuarlo. Apenas un mes después del alzamiento militar, leemos en *el Ideal* de Granada: “El Ejército defiende una causa de orden y civilización y por eso puede en su marcha triunfal decir que está con él la historia y el porvenir” (17-VIII-1936). Esa clase de legitimación bifronte, que se apoya a la vez en el pasado y en el futuro, resultaba bastante novedosa para la derecha insurgente. Lo normal, durante la II República, había sido que la derecha se identificase con el pasado, y la izquierda con el futuro. O, al menos ésa era la visión canónica de este último sector político, estilizado hasta la caricatura en cierto artículo de *El Liberal* bilbaíno: “El pesimismo retrógrado” –sostiene un publicista– es un atributo de los reaccionarios, que aspiran a “volver hacia atrás”, mientras que “todo demócrata es un optimista que confía en el porvenir” (22-VI-1934, cit. Díaz Freire, 1993, 153).

Por supuesto, toda esa retórica futurista salió muy tocada de la guerra civil, al tiempo que un clima de creciente desconfianza en el progreso se extendía por Occidente durante la segunda posguerra. Consciente de esa crisis espiritual profunda, Laín Entralgo advierte algunos años después un síndrome de “deses-

peración” en amplios sectores del mundo moderno, incapaces de sostener por más tiempo esa “visión optimista del futuro” imperante entre las gentes de los siglos XVIII y XIX, por más que, muy orteguianamente, reconozca que “el hombre es un ente constitutivamente futurizador”, puesto que “la dimensión que llamamos ‘futuro’ o ‘porvenir’ tiene primacía sobre las restantes y actúa determinantemente sobre ellas” ([1957] 1984, 331 y 586). Pero, más allá de estas reflexiones genéricas acerca de la desesperanza del hombre del siglo XX, está claro que en la evolución ideológica de P. Laín, como en la D. Ridruejo y el resto del grupo de los llamados “(ex) falangistas liberales” en los años cincuenta, jugó un papel fundamental su viva preocupación por el futuro de España (Lain Entralgo, 1976, 418).

Durante los sesenta, mientras el régimen avanza en su proceso de institucionalización y pone en marcha los primeros Planes de Desarrollo, en el lenguaje del general Franco se observa un uso más intensivo de las palabras *futuro* y *porvenir* como factor añadido de legitimación (discursos ante las Cortes de 8-VII-1964 y 17-XI-1967; Cillán Apalategui, 1970, 116-131). La oposición antifranquista, por el contrario, se impacienta al esperar un cambio que nunca llega. El poeta Ángel González publica en 1961 este verso amargo: “Te llaman porvenir / porque no vienes nunca” (en su libro *Sin esperanza, con convencimiento*: “Sin esperanza en mi vida personal, con convencimiento de que el futuro para otros será mejor”, aclarará años después en una entrevista periodística: *El Correo*, Bilbao, 17-IX-2003)–. (En un sentido muy similar un personaje del dietario *La gallina ciega* exclama: “Tengo fe en el futuro, en la historia y en el hombre, pero no me cabe ninguna duda de que, mientras ese futuro llega, lo que se ha perdido irremediablemente es mi propia vida”: Aub [1971], 1995, 445). No fue el único poeta con inquietudes cívicas que entonaba en esos años oscuros un canto al mañana que cabía interpretar como un llamamiento a la acción para poner fin a la dictadura. “La poesía es un arma cargada de futuro”, había escrito Gabriel Celaya (*Cantos iberos*, 1955), en un poema que más de una década después sería popularizado en los medios antifranquistas por el cantante Paco Ibáñez. El ensayista José de Benito, por su parte, expresaba en su libro *La libertad en la encrucijada* una confianza a toda prueba en “el futuro de la democracia” ([1948] 1964, 171). Mientras tanto, en un tono muy distinto, Luciano Rincón publicaba en París su novela satírica de política-ficción antifranquista *Mañana. Crónica anticipada* (1965) y la cantante pop Karina invitaba a sus oyentes a desenten-



derse del pasado –“El baúl de los recuerdos”– y encarar confiadamente el futuro: “Mirar hacia adelante es vivir sin temor”.

La sociedad española, en cualquier caso, parecía cada vez más inclinada a mirar en esa dirección. Para Paulino Garagorri, el ritmo acelerado del cambio vivido por el hombre moderno y su instalación en una suerte de “utopismo futurista” habrían terminado por someter al presente “a la hipoteca de un remoto futuro, a la servidumbre de una espera mesiánica”, lo que a sus ojos no dejaba de ser otra forma de alienación (Garagorri, 1967). A finales de los sesenta, mientras el público llenaba las salas de cine para ver la película de S. Kubrick y A. Clarke *2001, una odisea del espacio*, en uno de los volúmenes de la difundidísima Biblioteca Básica Salvat –*Visado para el futuro* (1969, 182-186)–, su autor, Luis Miravittles, hacía un repaso entusiasta por diversos avances científicos en astronomía, “biocibernética”, medicina, etcétera, y terminaba subrayando que “nuestra generación (...) es la primera que (...) conoce algo de lo que puede llegar a ocurrir en el futuro”. “Ja-

más como ahora”, concluía, el hombre “se ha proyectado hacia el futuro”. Ese mismo año, la revista *Triunfo*, sumándose a la moda prospectiva, dedicó cierto número de artículos a especular sobre cómo sería la sociedad en “El año 2000” (26-IV, 3-V, 24-V y 31-V-1969).

Entre tanto, de la mano del Club de Roma, el Hudson Institute, la Fundación Europea de la Cultura y otras instituciones similares, así como de pioneros como G. Berger, había nacido la prospectiva, una nueva herramienta para planificar y modelar el desarrollo de las sociedades, y empezaba a difundirse la palabra “futurología” (acuñada tempranamente en Estados Unidos a principios de los años cuarenta por O. K. Flechtheim: Blumenberg, 2003, 135-136). Luis Díez del Corral, en un sucinto comentario acerca de estas flamantes disciplinas, pondera las sofisticadas “técnicas del método Delphi”, los “juegos de simulación”, “extrapolaciones” y “scenario writing” de H. Kahn y A. J. Wiener ([1953] 1974, 24-25), cuya obra, *El año 2000*, había sido publicada en España en 1969. La mirada pluralista y abierta sobre el

futuro que implican esta clase de estudios –que más bien presentaban una serie de *futuribles*, por utilizar una vieja palabra acuñada por el jesuita Luis de Molina en el siglo XVI, y retomada por B. de Jouvenel en los años sesenta del siglo XX– contrastaba un tanto con viejas concepciones fatalistas del porvenir como un ente unitario, de una sola pieza. Por otra parte, el fuerte crecimiento económico y las grandes transformaciones sociales de la España de los últimos quince años de régimen franquista –bien perceptibles en la vida cotidiana: elevación del nivel de vida, cambios en las pautas de consumo, electrodomésticos, automóviles, etcétera– permitieron a muchos españoles que habían vivido la posguerra experimentar intensamente en sus propias vidas el cambio acelerado en pocas décadas, lo que probablemente les predispuso a esperar un futuro todavía mejor. Una actitud difícil de coherencia con las alarmantes conclusiones del Club de Roma sobre *Los límites del crecimiento* (1972), que dibujaban en el horizonte un desolador panorama de penuria y agotamiento de los recursos a escala mundial. El contraste entre la situación de una España que, no sin dificultades, avanzaba a buen ritmo hacia la modernidad económica –tras la muerte de Franco, también hacia la modernidad política– y el escepticismo imperante en buena parte de la Europa occidental, de vuelta de esa misma modernidad (y bajo la espada de Damocles del holocausto nuclear, que dio origen durante la guerra fría a no pocas visiones de un mañana apocalíptico), se puso entonces de manifiesto de diversos modos. Quizá resulte ilustrativo recordar que, a finales de los setenta, mientras el grupo de rock español Radio Futura gritaba a los cuatro vientos una frase sin sentido que sonaba a manido eslogan comercial –“el futuro ya está aquí”–, The Sex Pistols triunfaban en el Reino Unido con la canción punk *God Save the Queen*, que repetía una y otra vez esta descorazonadora sentencia: “There is no future”.

Transición y consolidación democrática: apogeo y eclipse de la retórica futurista

“Vamos a comenzar un gran debate nacional sobre nuestro futuro (...). El futuro no está escrito, porque sólo el pueblo puede escribirlo”: estas palabras de Adolfo Suárez en su discurso televisado sobre la Ley para la Reforma Política (septiembre de 1976) señalaron el retorno triunfal del concepto al centro del lenguaje político español (se trataba de dar una respuesta a la famosa cuestión “¿Y después de Franco, qué?”, que tanta tinta había hecho correr en los últimos años de vida del dictador). A lo largo de la transición y más tarde, en pleno periodo democrático, se producirían otros muchos pronunciamientos similares, y

las memorias de los protagonistas de esos años están repletas de referencias a ese debate crucial sobre el futuro de España. Un futuro que casi todos coincidían en señalar que “por profundas razones de un común entronque cultural y económico, (...) estará estrechamente vinculado al resto de Europa” (Tamames, 1976, 191).

Sin dejar de señalar que “la prospectiva y la futurología no tienen ‘buena prensa’ en nuestro país”, Juan Díez Nicolás enfatizaba en su artículo *La España previsible* que el conocimiento de ciertas proyecciones y conjeturas acerca de un futuro aparentemente poco halagüeño –agravamiento de la crisis económica, paro e inflación, aumento de la conflictividad social, riesgo latente de desafección hacia la democracia...– permitiría tomar ciertas decisiones dirigidas precisamente a evitar dichos males (1980, 60 y 85). Así entendida, la prospectiva, como subrayaban diversos autores, no serviría tanto para pronosticar el futuro cuanto para ayudar a construirlo, eligiendo en lo posible las mejores alternativas (lo que obviamente implica la comprensión del futuro como un tipo de realidad hasta cierto punto “programable”, o al menos como una *tabula rasa* abierta a la planificación). En los años ochenta, mientras la informática comenzaba a hacerse presente poco a poco en los bancos, hospitales, etcétera, e incluso empezaban a llegar los primeros ordenadores personales, el tono de muchos discursos presentes en el espacio público –en una década que se había iniciado con *La tercera ola*, de Alvin Toffler (1980); anteriormente había sido vertido al español su *bestseller El shock del futuro* (1978), donde glosaba los pros y los contras de ese tránsito acelerado hacia el mañana, etiquetado también como “la enfermedad del cambio”– parece demostrar que un amplio sector de la población, pese a la incidencia de la crisis económica y a las advertencias sobre los riesgos de un crecimiento incontrolado, confiaba en que los avances científicos y técnicos pudieran contribuir decisivamente a ofrecer un futuro de mayor bienestar en la nueva sociedad posindustrial (Daniel Bell), también llamada sociedad del conocimiento o de la información.

En medio de una expectación futurista creciente (bien visible en diversas publicaciones periódicas de ese periodo, que dedicaron muchas páginas y varios números extraordinarios a estos temas), algunos observadores empezaban a percibir en el ambiente un cierto “ocaso del futuro”: en adelante, escribía por ejemplo Xavier Rubert de Ventós, habría que aprender a vivir únicamente en el presente, dejando a un lado “los mitos prospectivos o retrospectivos” (*Al filo del presente*, *El*

País, 7-II-1982). “Estamos viviendo en Europa una extraña experiencia: la pérdida del futuro”, escribía en el mismo diario Francesco Alberoni, en referencia al eclipse de las ideologías y a la consiguiente “pérdida de la esperanza [...] e incapacidad para hallar nuevas metas” (*Europa, sin futuro*, 20-I-1985). Muchas otras voces en las dos décadas siguientes incidirían, desde distintas perspectivas, en esta tesis central: en el mundo occidental a finales del siglo XX se estaría produciendo una honda mutación en la manera de experimentar el tiempo; el presente parecía ensancharse y cobrar una importancia inusitada, mientras que, paralelamente, el tiempo venidero parecía encogerse, perdiendo progresivamente importancia y quedando hasta tal punto subordinado al presente que a mediados de los noventa algunos sociólogos describían la situación en términos de “colonización del futuro” (Giddens, 1995, 185). Si hacía dos siglos el presente había comenzado a orientarse hacia el futuro, en las postrimerías del siglo XX ese ciclo parecía cerrarse: para escándalo de algunos, sería ahora más bien el futuro el que se hipotecaba netamente a las necesidades del presente. Así, por ejemplo, la superación de las barreras del espacio y el tiempo gracias a los medios electrónicos permitía a los mercados financieros “presentizar” el futuro inmediato, explotando económicamente los previsible escenarios alternativos (Castells, 1998, III, 377). En esa misma década, Octavio Paz declaraba que la civilización occidental estaba sufriendo “un cambio fundamental en su visión del tiempo”. Con el declive de la idea de progreso y la severa crítica a las utopías, la mismísima idea de futuro había entrado en crisis, y en ese final del siglo XX su lugar estaría siendo ocupado por el más estricto presente, aunque se tratase de un presente en expansión (declaraciones reproducidas en el diario *Abc*, 6-V-2006). En resumen, nuestras sociedades habrían trocado el ansioso futurismo de comienzos de la centuria por un omnipresente “presentismo” (Hartog, 2003, 209-210).

Eso no impedía, por supuesto, que siguieran proliferando todo tipo de especulaciones y de vaticinios acerca del porvenir del mundo (algunos de ellos tan pesimistas que pudieran haber contribuido al mencionado repliegue hacia el presente). Así, a finales de los ochenta Mario Bunge barajaba varios futuros posibles para la humanidad, que iban desde el “omnicidio” hasta el retorno a la barbarie, angustiosas perspectivas que habrían ya comenzado a materializarse con la temida explosión demográfica. Sólo el establecimiento de una sociedad mundial solidaria, equitativa y austera, afirmaba este filósofo de la ciencia, podría detener la inmi-

nente catástrofe ('Prospectiva. Futuribles para el tercer milenio', *El País*, 14-II-1988).

Las innovaciones en este campo semántico habían sido tantas que en las dos últimas décadas del siglo xx los académicos de la Española, sensibles a tales cambios, procedieron a la inclusión en el lexicón oficial de un puñado de nuevas palabras. Si bien es cierto que en la edición de 1925 se había aceptado ya la voz *prognosis*, definida como "conocimiento anticipado de algún suceso" (comúnmente aplicada a la previsión meteorológica), hay que reconocer que en más de dos siglos y medio —desde el Diccionario de Autoridades, en el primer tercio del siglo xviii— apenas se observan cambios significativos en las sucesivas ediciones del DRAE. Esta situación cambiaría radicalmente en 1984. El espectacular salto en el número de entradas entre la edición de 1970 y la de 1984 habla por sí mismo. De dos únicas entradas que ese repertorio alfabético registraba en 1970 (*futurario* y *futuro*) se pasa en la siguiente edición del Diccionario nada menos que a nueve (se añaden *futurible*, *futurición*, *futuridad*, *futurismo*, *futurista*, *futurología* y *futurólogo*). La edición de 1992 incorporaría todavía dos entradas más (*futura* y *futurizo*), además de otros vocablos pertenecientes a esta misma área semántica, como el sustantivo *prospectiva* ("conjunto de análisis y estudios realizados con el fin de explorar o predecir el futuro, en una determinada materia") y el adjetivo *prospectivo* (la acepción de *prospección* en el sentido de "exploración de posibilidades futuras basada en indicios presentes" había sido ya incorporada en 1970). Estas modificaciones léxicas son un reflejo tardío de algunas de las importantes transformaciones que afectaron a la percepción que los hablantes tenían del futuro, sobre todo desde que, a partir de los años sesenta, empezaron a cambiar radicalmente sus expectativas, tanto a escala nacional como consecuencia de las nuevas políticas económicas desarrollistas, como en el ámbito internacional, a raíz del despegue de las investigaciones sistemáticas sobre el futuro (en sus dos principales ramas: la prospectiva —dominante en Francia, basada en las conjeturas de los expertos— y la futurología —basada en la extrapolación, y que alcanzó gran desarrollo en las siguientes décadas, sobre todo en EE UU—).

La implosión de la URSS y el hundimiento del comunismo en el Este de Europa sobresaltaron el pensamiento de la izquierda y desafiaron algunos viejos lugares comunes acerca de este tema. El esquema simplista que identificaba a la derecha con el pasado y a la izquierda con el futuro se vio severamente puesto a prueba por esos acontecimientos. ¿Cómo podía seguir manteniendo la izquierda su pretendida posición de vanguardia en

la ruta hacia el mañana cuando "la realidad no ha seguido el camino prescrito (...) y después del capitalismo no ha venido el socialismo, sino el retorno del capitalismo"? (Josep Ramoneda, 'La izquierda y la palabra', *El País*, 2-VI-1998). En la estela de tales acontecimientos, el resonante ensayo de F. Fukuyama *El fin de la historia* (cuya versión española data de 1992) abriría, también en nuestro país, un amplio debate político-mediático concerniente en gran medida a las expectativas políticas que cabía abrigar a escala mundial de cara al futuro próximo. El nuevo orden que habría de suceder al mundo bipolar de la guerra fría daría origen en la última década a un amplio debate entre los especialistas en relaciones internacionales (una muestra de esta literatura: Ortega, 2000).

Desde comienzos de los noventa, por otra parte, la preocupación por el futuro del planeta, sobre todo en relación con el crecimiento incontrolado de la población, el agotamiento de los recursos naturales, la creciente contaminación y las amenazas de un cambio climático, estaba cada vez más presente en los medios y en el discurso de políticos, científicos e intelectuales (véase, por ejemplo, el dossier extraordinario de *El País* sobre este tema: 26-IX-1992; en ese mismo año, la Exposición Universal de Sevilla 1992 sería presentada como "la gran fiesta del porvenir"). Se produciría así en los años siguientes una especie de doble discurso, que implicaba un marcado contraste entre las perspectivas domésticas, mayoritariamente optimistas, y las del conjunto de la humanidad, frecuentemente pesimistas. A nivel nacional, en efecto, la mirada hacia el futuro solía apoyarse en una valoración muy positiva del largo camino recorrido por el país desde 1898, momento crucial en que los intelectuales regeneracionistas esbozaron la "agenda" para la centuria siguiente: trascurrido ese plazo, y pese a los "gravísimos naufragios" de la Guerra Civil y la dictadura de Franco, España había logrado "reencontrarse con la modernidad" (Fusi, 1999, 182-183). Partiendo de tan positivo balance del siglo xx, ¿cómo no suponer que la sociedad española tenía por delante, pese a los riesgos inevitables y a algunas rémoras preocupantes —como la educación o la investigación—, un prometedor horizonte de mayor bienestar? (véanse, al respecto, los libros de Hidalgo, 1996 y Pérez-Díaz, 2002, así como el artículo de Requeijo, 2001, donde, no sin cautelas, se mira al futuro con razonable confianza). En el escenario global, por el contrario, las expectativas no solían ser ni mucho menos tan favorables. Para empezar, diversos ensayos de H. M. Enzensberger (1994), J. Julliard (1994), A. Toffler (1994), S. Huntington (1997) o R. Kaplan (2000), entre otros,

advertían de un abanico inquietante de graves amenazas en el horizonte: guerra, fascismo, anarquía y choque de civilizaciones (algunas de estas sombrías perspectivas se verían confirmadas, al menos parcialmente, en los primeros años del nuevo siglo, con la aparición en Occidente del terrorismo islamista a gran escala: atentados de Nueva York, Madrid y Londres). Además, los temores suscitados por la "sociedad del riesgo" (U. Beck) excedían frecuentemente a las esperanzas de mejora. El resultado de esa flagrante falta de confianza en el progreso y en el porvenir es que, como observó hace años Niklas Luhmann, las sociedades occidentales sustituyeron en gran medida los pronósticos futuristas por las pólizas de seguros y los cálculos de riesgos.

Más allá del año 2000.

Presente dilatado, pasado creciente, futuro menguante

Por otra parte, el paso del siglo xx al xxi, retórica del nuevo milenio incluida, ofreció una extraordinaria oportunidad para evaluar el grado de acierto o de desacierto de las numerosas previsiones que desde hacía décadas habían tomado el año 2000 como término *ad quem* de sus conjeturas (utópicas, tecnológicas, o ambas cosas a la vez). Cuando por fin esa fecha mítica se hizo visible en el calendario, el cotejo de esos soñados —o temidos— "futuros pasados" con el mucho más prosaico presente resultó en general bastante decepcionante (Francescutti, 2003, 9-24): las visiones anticipatorias apenas coincidían con la realidad, tanto por exceso (medicina, robótica, astronáutica, exploración espacial) como por defecto (informática, ordenadores, Internet). Eso no impidió, por supuesto, que todos los periódicos, revistas, radios y cadenas de televisión, además de numerosos sitios en la Red, se llenaran por enésima vez de especulaciones acerca de las perspectivas para la nueva centuria. Científicos, filósofos, políticos, sociólogos e historiadores trataban de responder a la pregunta "¿qué nos traerá el siglo xxi?", y otras similares. Sus respuestas, en general, eran bastante cautelosas, y raramente se arriesgaban a adelantar alguna conjetura que fuera más allá de las dos décadas siguientes. Según los especialistas en las distintas disciplinas, los adelantos técnicos en el mundo de la comunicación e información (incluyendo la inteligencia artificial; sobre todo si, como algunos sostenían, la confluencia de la microelectrónica y la biotecnología pudiera llegar a propiciar algún día la "conexión" entre el cerebro humano y los ordenadores), así como en el campo de la biomedicina, los avances en la lucha contra las enfermedades y el alargamiento de la vida estaban entre los aspectos más prometedores (a

mediados de ese año tan esperado la lectura del genoma humano fue unánimemente saludada como la apertura de “una nueva era”), mientras que los nuevas formas de fanatismo, el megaterrorismo y las guerras de nuevo tipo, la explosión demográfica, las amenazas al medio ambiente, y, en especial, el cambio climático estaban entre las más temibles amenazas que podía reservarnos el próximo futuro. No pocos intelectuales consideraban además que el cambio de siglo y de milenio constituía en realidad un cambio de época, sobre todo por la incidencia de los avances tecnológicos en las relaciones laborales e interpersonales, el desafío de la multiculturalidad y la necesidad de una nueva ética mundial.

Numerosos expertos coincidían, sin embargo, en la gran dificultad de aventurar pronósticos fiables que superasen el corto o medio plazo. La palabra clave era *incertidumbre*. Incertidumbre, desconcierto y perplejidad ante la aceleración de la dinámica social. Uno de los rasgos característicos del momento, aseguraban, era precisamente la imposibilidad de extrapolar inferencias extraídas de las actuales condiciones a un mañana en el que las categorías y marcos de comprensión probablemente habrán sufrido una mutación sustancial. En tales circunstancias, el problema de la persistencia de los conceptos utilizados para interpretar el mundo político y social aparecía en primer plano. La creciente opacidad del futuro derivaría principalmente de la obsolescencia del cuadro axiológico y categorial que ha servido para conceptualizar experiencias sociales y políticas pasadas, y todavía nos sirve a duras penas para comprender a medias un presente fugitivo, pero que muchos consideran claramente insuficientes para encarar las nuevas realidades emergentes. Así, la “crisis de inteligibilidad” se transformaría en una crisis de expectativas.

Pese a todo, incluso en esas condiciones de desorientación e incertidumbre posmodernas (que han provocado en los últimos tiempos una inflación del léxico de lo efímero, lo volátil y lo contingente que paradójicamente parece remitirnos a la clásica definición baudelairiana de la *modernité*, hace un siglo y medio, como “le transitoire, le fugitif, le contingent”), los agentes políticos no dejan de preguntarse cada día por el futuro de Europa, del Estado social (o del Estado *tout court*), de la democracia, de las pensiones, de la emigración, del sistema educativo y de tantas otras cosas. En los respectivos programas del PSOE y del PP para las elecciones de 2004, por ejemplo, la palabra *futuro* y sus derivados aparece casi medio centenar de veces. Ahora bien, la pluralidad de futuros ofrecidos a los electores por las diversas fuerzas políticas implica un reconocimiento de que no existe un

futuro sino una diversidad de proyectos, a menudo difícilmente compatibles entre sí. Naturalmente, la política institucional ha de ocuparse del futuro de los ciudadanos, sobre todo en un momento en que la incertidumbre y la falta de perspectivas pesa severamente sobre una parte no desdeñable de la población, incluyendo un amplio sector de la juventud. En este sentido, merece destacarse la disparidad entre las actitudes ante el futuro predominantes en la generación de los años cincuenta –los jóvenes del 68– y sus homólogos de este tránsito intersecular. Si los primeros solían mirar hacia el futuro con ilusión, e incluso luchaban por improbables utopías, un cuarto de siglo más tarde, muchos jóvenes vuelven la vista hacia el porvenir con más angustia que esperanza. “El futuro es tan incierto que es mejor vivir al día” se ha convertido en una frase tópica: el 57 % de los españoles la suscribían en marzo de 2006, según una encuesta del CIS. Y no faltan académicos prestigiosos que con sus estudios dan pábulo a estos temores: el eminente astrofísico británico Martin Rees se preguntaba muy seriamente en su libro *Nuestra hora final* (2004) si el siglo XXI será el último de la humanidad. (Como se ve, la aproximación utópico-política predominante hasta hace escasas décadas ha dado paso a una perspectiva preferentemente ecológico-tecnológica, perspectiva que no necesariamente implica una mirada optimista sobre el futuro).

Pero no es sólo el refugio en el presente el que ha hecho retroceder el peso específico del futuro en los últimos tiempos. Junto a ello, en el caso de España se ha producido otro fenómeno no menos inquietante. Buena parte de la clase política parece haberse replegado hacia el pasado, haciendo de la historia el campo de batalla preferente en las luchas políticas cotidianas. Desde el establecimiento del sistema autonómico fueron los nacionalistas periféricos quienes tomaron la iniciativa en esa ofensiva para imponer una cierta lectura del pasado favorable a sus propósitos identitarios de “construcción nacional”. Durante casi dos decenios estas políticas educativas exclusivistas encontraron escasa resistencia. Sin embargo, cuando desde el Ministerio de Educación el primer Gobierno de J. M. Aznar pretendió recuperar en parte el control de la enseñanza de las materias históricas en aras de la preservación de un imaginario colectivo nacional, la reacción desencadenada en ciertos medios intelectuales y universitarios fue extraordinariamente virulenta. Según Manuel Cruz, el proyecto de decreto ministerial para la enseñanza de las humanidades intentaba convertir la materia histórica “en una maquinaria productora de identidad nacional”. “El pasado”, añadía, “se ha converti-

do en el nuevo territorio de la política”, un hecho que según este autor era consecuencia de que “ha desaparecido de nuestro campo visual la idea de futuro”. El futuro habría dejado de ser “el territorio imaginario en el que habitan los proyectos, intenciones o sueños de la humanidad” para convertirse en “el espacio de la reiteración, de la proyección exasperada del presente” (‘El futuro ha muerto: ¡a por el pasado!’), *El País*, 5-I-1998). Tal utilización ideológica y partidista del pasado en las contiendas políticas entrañaba a los ojos del escritor Antonio Muñoz Molina un agudo contraste entre “el tiempo [que] avanza cada vez más rápido (...) hacia un porvenir imprevisible y urgente” (innovaciones tecnológicas, movimientos migratorios, economía global, trastornos del clima) y un utillaje ideológico-político que ha quedado obsoleto (‘Agua pasada’, *El Semanal*, 28-IX-2003). Años después, sería el Gobierno de J. L. Rodríguez Zapatero el que planteara una batalla político-mediática en torno a las raíces de la democracia española, que ciertos sectores de la izquierda pretendían remontar desde la transición a la II República, hasta el punto de proponer una polémica Ley de la Memoria Histórica. Para Reyes Mate, el auge inusitado de la memoria en la España de comienzos del siglo XXI indicaría que estamos ante “un cambio epocal, pues supone la sustitución de la utopía por el pasado, el despido de conceptos que vinculan la realización del hombre al futuro (progreso, utopía) y su sustitución por otros que lo ligan al pasado” (‘¿Recordar para mejor olvidar?’), *El País*, 27-IX-2003). En este contexto, con ocasión de las disputas simbólicas y las querellas interautonómicas durante el Gobierno de Zapatero, a raíz del debate sobre el nuevo Estatuto de Cataluña, algún observador anotó incidentalmente que “para ser un país industrial avanzado, el pasado tiene entre nosotros un peso excesivo (...). En cambio, el futuro no parece preocuparnos tanto” (Salustiano del Campo, ‘España en la encrucijada’, *Abc*, 16-I-2006).

Las querellas entre los historiadores españoles acerca del tratamiento público de la memoria y sus interpretaciones divergentes del pasado, sin embargo, se limitaron en general al terreno de las identidades políticas o territoriales en conflicto, y no llegaron a plantear en profundidad el problema teórico del tiempo histórico. Una cuestión que se había complejizado notablemente en el último cuarto del siglo XX, tras las decisivas aportaciones de teóricos e historiadores de primera fila como R. Koselleck (1993) o F. Hartog (2003), entre otros. Mientras el primero había sostenido convincentemente que, coincidiendo aproximadamente con la Revolución Francesa, el futuro pasó a ocupar hace algo

más de dos siglos el centro del “escenario temporal” de gran parte de los europeos, según Hartog a principios del siglo XXI podríamos estar entrando en un nuevo “orden del tiempo” –y en un nuevo “régimen de historicidad”– caracterizado por la prevalencia aplastante de un presente dilatado, que aparece como un tiempo condensado en el que se aglutinan tanto el pasado (presentizado) como el futuro (permanentemente anticipado). Se diría que el futuro ha comenzado a acortarse drásticamente en proporción inversa a la dilatación del presente.

Sea como fuere, en este contexto de incertidumbre epistemológica, algunos profesionales de la historia se están replanteando radicalmente las relaciones del historiador con el futuro, llegando en ocasiones a proponer la apertura de nuevas líneas de investigación orientadas a explorar, usando el método de los “escenarios”, las alternativas plausibles de los diferentes “mañanas” (Staley, 2002). El historiador dejaría de ser un “profeta del pasado” para, pertrechado de sus herramientas heurísticas, aventurar también sus narrativas por los caminos del porvenir.

Es posible que el cambio de época termine por arrumbar el concepto de futuro, o al menos lo desplace del lugar de privilegio donde los occidentales lo hemos situado a lo largo de los dos o tres últimos siglos. Sin embargo, parece claro que esa “desfuturización” de la que hablan algunos teóricos de la posmodernidad hasta ahora no ha logrado borrar la fascinación por un futuro esquivo, comúnmente entendido como una pantalla virtual sobre la que se proyectan nuestras esperanzas, deseos y temores. ■

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AUB, Max (1971): *La gallina ciega*. Diario español. Alba, Barcelona, 1995.
- AZAÑA, Manuel: *Discursos políticos*, Santos Juliá, ed. Crítica, Barcelona, 2003.
- AZORÍN [Martínez Ruiz, José] (1902): *La Voluntad*, ed. de A. Ramos Gascón. Biblioteca Nueva, Madrid, 1996.
- BECCERRO DE BENGÓA, Ricardo (1900): *La enseñanza en el siglo XX*, Gonzalo Capellán de Miguel, ed. Universidad del País Vasco, Bilbao, 2001.
- BENITO, José de: *La libertad en la encrucijada*. Revista de Occidente, Madrid, 1964.
- BLUMENBERG, Hans: *Conceptos en historias*. Síntesis, Madrid, 2003.
- CASTELLS, Manuel: *La era de la información. Economía, sociedad y cultura*, vol. 3. *Fin de milenio*. Alianza, Madrid, 1998.
- CILLÁN APALATEGUI, Antonio: *El léxico político de Franco en las Cortes españolas*. Imprenta Tipo Línea, Zaragoza, 1970.
- DARDÉ, Carlos: *La aceptación del adversario. Política y políticos de la Restauración, 1875-1900*. Biblioteca Nueva, Madrid, 2003.
- DÍAZ FREIRE, José Javier: *La República y el porvenir. Culturas políticas en Vizcaya durante la Segunda República*. Kriselu, San Sebastián, 1993.
- DÍEZ DEL CORRAL, Luis (1953): *El rapto de Europa*. Alianza, Madrid, 1974.
- DÍEZ NICOLÁS, Juan (1980): ‘La España previsible’, *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 12, págs. 59-86.
- DONOSO CORTÉS, Juan: *Lecciones de Derecho Político (1836-1837)*, ed. de J. Álvarez Junco. CEC, Madrid, 1984.
- ENZENSBERGER, Hans Magnus: *Perspectivas de guerra civil*. Anagrama, Barcelona, 1994, (edic. orig. 1993).
- EUROPE 2000. *The Future is Tomorrow. 17 Prospective Studies*. Martinus Nijhoff, La Haya, 1972.
- FLÓREZ ESTRADA, Álvaro (1810): *Introducción para la historia de la revolución de España*, en *Obras*, BAE CXIII. Atlas, Madrid, 1958, II, págs. 215-305.
- (1818): *En defensa de las Cortes. Con dos apéndices, uno sobre la libertad de imprenta y otro en defensa de los derechos de reunión y asociación*. Ciencia Nueva, Madrid, 1967.
- FRANCESCUTTI, Pablo: *Historia del futuro: una panorámica de los métodos usados para predecir el porvenir*, Alianza Editorial Madrid, 2003.
- GIDDENS, Anthony: *Modernidad e identidad del yo*. Península, Barcelona, 1995.
- FUSI, Juan Pablo: ‘España: el fin del siglo XX’, en Raymond Carr, ed., *Visiones de fin de siglo*. Taurus, Madrid, 1999, págs. 161-188.
- GARAGORRI, Paulino (1967): “El futurismo como alienación”, artículo publicado en la *Revista de Occidente*, nov. 1967, ahora en el volumen *Goethe y el epílogo de ‘La rebelión de las masas’*. Caro Raggio, Madrid, 2006, págs. 83-100.
- HARTOG, François: *Régimes d'historicité. Présentisme et expériences du temps*. Seuil, París, 2003.
- HIDALGO, Diego: *El futuro de España. El país que dejamos a nuestros hijos*. Taurus, Madrid, 1996.
- HUNTINGTON, Samuel P.: *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. Paidós, Barcelona, 1997 (edic. orig. 1996).
- JULLIARD, Jacques: *El fascismo que viene*. Acento, Madrid, 1994.
- KAHN, Herman y WIENER, Anthony J.: *El año 2000*. Revista de Occidente, Madrid, 1969.
- KAPLAN, Robert D.: *La anarquía que viene*. Ediciones B, Barcelona, 2000.
- KOSSELCK, Reinhart: *Futuro pasado: para una semántica de los tiempos históricos*. Paidós Ibérica, Barcelona, 1993.
- LAFUENTE Y ZAMALLOA, Modesto (1850): *Historia General de España, desde los tiempos más remotos hasta nuestros días. Discurso preliminar*, edic. de Juan Sisinio Pérez Garzón. Urgoiti, Pamplona, 2002.
- LAÍN ENTRALGO, Pedro: *Descargo de conciencia (1930-1960)*. Barral Barcelona, 1976.
- LAÍN ENTRALGO, Pedro (1957): *La Espera y la Esperanza. Historia y teoría del esperar humano*. Alianza, Madrid, 1984.
- LUHMANN, Niklas (1976): ‘The Future Cannot Begin: Temporal Structures in Modern Society’, *Social Research*, núm. 43, págs. 130-152.
- MAEZTU, Ramiro de (1899): *Hacia otra España*, ed. de J. Varela, Biblioteca Nueva, Madrid, 1997.
- (1910): *La libertad y sus enemigos*. Sociedad ‘El Sitio’, Bilbao.
- MALLADA, Lucas (1896): *La futura revolución española y otros escritos regeneracionistas*, ed. de F. J. Ayala-Carcedo y S. L. Driever, Biblioteca Nueva, Madrid, 1998.
- MIRAVITLLES, Luis: *Visado para el futuro*. Salvat-Alianza, Madrid, 1969.
- MORENO NIETO, José (1878): *El problema político (31-X-1878)*, en *Discursos académicos*. Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid, Madrid, 1882.
- ORTEGA Y GASSET, José: *Obras Completas*. Alianza Ed.-Revista de Occidente, Madrid, 1983-1987, 12 vols.
- ORTEGA, Andrés: *Horizontes cercanos. Guía para un mundo en cambio*. Taurus, Madrid, 2000.
- PÉREZ-DÍAZ, Víctor: *Una interpretación liberal del futuro de España*, Taurus, Madrid, 2002.
- REES, Martin: *Nuestra hora final*. Crítica, Barcelona, 2004.
- REQUEIJO, Jaime: ‘Mirando hacia atrás con cierto asombro...’. *Revista de Libros*, núm. 55-56, 2001, págs. 13-18.
- RIBAS, Pedro: ‘Las relaciones entre el socialismo alemán y el español’. *Estudios de Historia Social*, núm. 8-9, 1979, págs. 227-286.
- RINCÓN, Luciano: *Mañana. Crónica anticipada*. Ruedo Ibérico, París, 1965.
- RÍOS, Fernando de los: *Escritos sobre democracia y socialismo*, edic. de Virgilio Zapatero, Taurus, Madrid, 1974.
- SANTIÁNEZ-TIÓ, Nil, ed.: *De la Luna a Mecnópolis. Antología de la ciencia ficción española (1832-1913)*. Quaderns Crema, Barcelona, 1995.
- SELGAS Y CARRASCO, José (1880): *Delicias del nuevo Paraíso, recogidas al vapor en el siglo de la electricidad; y Cosas del día; continuación de las Delicias del nuevo Paraíso*. Reus, Madrid, 2ª edic., 1929.
- STALEY, David J. (2002): ‘A History of the Future’, *History and Theory*, núm. 41, págs. 79-82.
- TAMAMES, Ramón: *¿Adónde vas España?* Planeta, Barcelona, 1976.
- TOFFLER, Alvin: *El shock del futuro*. Plaza y Janés, Barcelona, 1978.
- : *La tercera ola*. Plaza & Janés. Barcelona, 1989.
- : *Las guerras del futuro*. Plaza & Janés, Barcelona, 1994.
- UNAMUNO, Miguel de: *El porvenir de España y de los españoles*. Espasa-Calpe, Madrid, 1973.

Javier Fernández Sebastián es catedrático de la Universidad del País Vasco. Autor con Juan Francisco Fuentes del *Diccionario político y social del siglo XIX español*.